

El libro:

un camino compartido entre autores y editores

No cabe duda de que las editoriales universitarias cumplen un papel esencial en la difusión del conocimiento alcanzado por los investigadores colombianos. Negar su calidad, rigor y proyección es una necesidad.



Pablo Rodríguez

Docente en la Universidad Nacional de Colombia y en la Universidad Externado de Colombia. Historiador de la Universidad del Valle, Cali. Realizó una maestría en Estudios Latinoamericanos y un doctorado en Historia en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Correo electrónico: pablor@cable.net.co

No dudo en considerar que una de las experiencias más gratas de mi vida académica ha sido la relación con los editores. En ocasiones, pienso en todo lo que se pierde un investigador que da por cumplido su trabajo cuando entrega un manuscrito en las oficinas de una editorial. La verdad, creo que lo que ocurre a partir de allí con un escrito hasta que se convierte en libro es fascinante y formativo para los autores. La corrección del texto, el diseño del libro, la diagramación y la impresión no son solo labores técnicas. Es probable que un cierto desdén de los autores hacia el trabajo editorial, al considerarlo algo simplemente técnico y maquinal, les impida verlo con curiosidad e interés; pero también ocurre que ciertos editores prefieren tener el menor contacto con los autores y sus visitas les resultan un tanto incómodas. Sin embargo, cuando se logra el diálogo entre unos y otros, puede resultar en una viva experiencia. Emocionante tanto para el autor, quien con ilusión trata de

imaginar su libro, como para el editor, quien con su experiencia y tacto concibe la mejor edición.

Pertenezco a una de las últimas generaciones que ha idolatrado el libro. Adquirir, comentar y compartir libros ha sido parte de la vida universitaria, pero también de nuestras relaciones sociales. Con entusiasmo recomendamos y prestamos los libros que más valoramos. Con mucha frecuencia, el libro es uno de los objetos que más unen a los amigos. El valor de lo que dice o la manera como lo dice hizo del libro uno de los objetos más preciados en nuestras vidas. Hoy, cuando cientos de libros se pueden portar en una USB o en una iPad, cabe recordar el orgullo de quien tenía una biblioteca en casa. Era grato cuando uno de visita en una casa extraña, al pasar la mirada sobre los títulos en los lomos de los libros, intentaba adivinar la personalidad de su propietario, porque no había algo que pudiera reflejar mejor la cultura, los gustos y las aficiones de una persona que su biblioteca.

Tal vez por toda esta afición hacia los libros siempre he encontrado tan grata la amistad con los editores. Conversar con ellos sobre las características de un libro que se quiere publicar, sobre su dimensión, tamaño de la letra, grosor del papel, tiraje, son todos aspectos muy ilustrativos. Así mismo, una vez el libro está publicado, conocer de sus estrategias para llegar a los lectores. Saber de los entresijos del mercado editorial, de la escasez de compradores y lectores de nuestros libros, es positivo, y de alguna manera nos lleva a los autores a pensar más en nuestro propio oficio. Con el tiempo he pensado que la idea de que el autor debe escribir sin pensar en el lector es una ingenuidad, una inmadurez o una protección en nuestro propio orgullo. Siempre pensamos en nuestros posibles lectores, no solo en ofrecerles textos rigurosos y bien argumentados, sino en conseguir que se sientan atraídos por el tema, por el relato que les ofrecemos y que no abandonen su lectura al doblar la primera página.

Un aspecto que he disfrutado mucho de la labor de hacer libros es el de la ilustración. En la década de los setenta del siglo pasado los libros de historia no traían imágenes; en esa época había una fe plena en el texto escrito. Los autores de aquel entonces, así fueran amantes de la pintura, no tenían ninguna preocupación por la ilustración de sus libros. Creo que también había problemas técnicos. Además, conseguir la publicación de un libro era algo muy difícil, así que nadie regateaba sobre la forma de la edición. Fue con Camilo Calderón Schraeder, el fundador y director de la revista *Credencial Historia*, con quien descubrí el valor y la riqueza de las imágenes. Colombia poseía un repertorio iconográfico que se desconocía y muy poco se valoraba. Cada número de esa revista fue apreciado no solo por la calidad de sus artículos, sino por la novedad y acierto en la selección de sus ilustraciones. Decidir las “vistas”, como le gustaba nombrarlas a Camilo, fue una actividad enriquecedora. Poco a poco entendí que nuestros libros bien podían incorporar imágenes no por el prurito de la decoración, sino para potenciar su contenido. Una fotografía o una pintura no deberían estar presentes en un libro si no es por la relación con el tema que trata el texto, pero también porque

esa imagen nutre de información y referencias nuevas al lector. De cada uno de los libros que he publicado tengo muy presente en mi memoria sus portadas y las imágenes que acompañan los textos.

Contrario al proceso de escritura, que es bastante solitario, el proceso editorial es completamente colectivo. He tenido la oportunidad de coordinar varias obras colectivas en compañía de amigos y amigas. En algunos casos, me ha decidido a realizarlos la posibilidad de ampliar la amistad y el afecto. Algo que solo se descubre en el proceso de publicación de una obra colectiva es saber que se comparte un proyecto común, unas mismas ideas o una misma época. En general, todos somos docentes universitarios y, podría decirse, ese es un trabajo que deja una impronta en las nuevas generaciones. No obstante, los libros que hacemos, en los cuales exponemos las ideas que comentamos en clase, tienen otra duración; son tal vez la huella más duradera que dejaremos de nuestra existencia.

Aunque he publicado algunos libros con editoriales privadas, sin proponérmelo, he tenido la honra y la fortuna de poder hacerlo con distintas editoriales universitarias. Mi primer libro fue con la Universidad de Antioquia, hace más de veinte años. Pero también he publicado con la del Valle, la Nacional, el Externado y, ahora, más recientemente, con el Rosario. No cabe duda de que las editoriales universitarias cumplen un papel esencial en la difusión del conocimiento alcanzado por los investigadores colombianos. Negar su calidad, rigor y proyección es una necesidad. Es comprensible que las editoriales universitarias no pueden hacer la publicidad que realizan las editoriales privadas de sus libros; pero, creo, compete a los académicos y a los escritores universitarios divulgar entre los estudiantes los libros que salen de las prensas universitarias. Cada uno de estos libros es un acto de fe, en el conocimiento y en la educación; hecho casi siempre con escasos recursos. Eso lo sabemos los autores, por lo que siempre celebramos que, a pesar de las limitaciones, gracias a su saber y sensibilidad, los editores nos entreguen libros bien cuidados, cuya elegancia es la sobriedad.